

UN ABISMO NOS SEPARA, UN FUEGO NOS ACERCA

Luisa González López

(A Ana y María Garrido López)

Bárbara escuchó la música de la banda municipal y no pudo reprimir el impulso de asomarse tras los visillos de la ventana. Pasaba el majestuoso cuadro del Santísimo Cristo de Burgos, balanceándose, como un barco a la deriva, sobre los hombros de los costaleros. La música cesó y la imagen del Cristo se detuvo durante unos instantes en la esquina de la calle La Palma. Villavilla rompió el silencio con la detonación de un par de cohetes lanzados al cielo. Alguien gritó “¡viva el Santo Cristo de Burgos!”, y la multitud contestó al unísono “¡viva!”.



La procesión continuó su curso, la gente caminaba despacio por las aceras tras la Imagen a la que precedía una comitiva del ayuntamiento de Cabrilla y otra de la Hermandad del Santo Cristo de Burgos. Bárbara buscó a Adolfo con la mirada entre la muchedumbre y no tardó en reconocerlo. Él iba cabizbajo, aferrando su mano a un cirio blanco y largo, que desprendía una llama humeante y le iluminaba el rostro. Al pasar justo por delante de la ventana de Bárbara, él levantó la vista, en un acto instintivo, y ella se quedó petrificada tras los visillos.

Esperó a que pasara el séquito, sigilosa y escondida. Después continuó con sus tareas aunque sin poder concentrarse demasiado en sus propósitos por culpa del sofoco que le producían los pensamientos obstinados en el cuerpo de aquel hombre.

Desde su llegada a Cabrilla, Bárbara había quedado atrapada en la celada que le tendió el deseo. Ni siquiera con sus artimañas más eficientes había podido acercarse a él. Había hecho uso de todas las fórmulas para el amor, pero ninguna había funcionado con suficiente eficacia. Echó mano de un manual abigarrado y viejo, y leyó: ”*Utili-*

zar sólo como último recurso y para casos estrictamente personales e imposibles”.

Salió a la calle. La cola de la procesión se perdía por la esquina de la calle Horno "Vajo". La música se apagaba. El aire olía a pólvora.

Llegó al arroyo y abrió el libro:

*La piel de un sapo,
dos cantos rodados de color negro,
la boñiga de una vaca,
un ojo de gato,
la sangre de dos lagartijas,
el zumo de un limón,
dos lágrimas ajenas.*

Regresó a casa con todo lo necesario para completar la fórmula de la felicidad: la piel de un sapo que mató de una pedrada, los cantos rodados de color negro, la boñiga de vaca encontrada en el camino de la vaqueriza, el ojo de un gato al que quitó la vida de un garrotazo, dos lagartijas todavía medio vivas y un limón robado en un huerto cualquiera.

Adolfo sintió su mano acorcharse de empuñar durante algo más de una hora el cirio encendido cuando la procesión del Santo Cristo de Burgos llegó a la plaza. Se abrió paso entre la gente hacinada en la puerta de la iglesia y entró como pudo. Se colocó frente al altar y esperó a que llegara el cuadro del Santo Cristo. La banda municipal entonó el himno de España mientras el cuadro pasaba por la puerta y se acercaba a su pedestal. La gente irrumpió en aplausos cuyo estruendo retumbó en las paredes del templo. Tras algunos minutos de silencio algún espontáneo gritó “viva el Santo Cristo de Burgos”, y se reanudaron los aplausos y los “viva”. En los ojos de Adolfo apareció un brillo que se empañó al inclinar la mirada hacia el suelo. De un soplo apagó el cirio y lo colocó sobre un banco para poder aplaudir. Permaneció en silencio. Cuando todos salieron se acercó al cuadro y lo besó. Luego sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y se enjugó las lágrimas. Cuando salió de la iglesia vio que los bares de la plaza estaban abarrotados. Caminó lentamente

hacia su casa. Los balcones de todas las calles estaban adornados con banderas. Alzó los ojos y contempló un cielo azul marino en el que aparecían las primeras estrellas y del que huían los últimos zorzales.

Desde que murió su mujer sus únicas salidas eran diurnas, sólo iba al campo y a la iglesia. Se había sumido en un luto prolongado por la desidia.



Cuando llegó a casa, encendió el fuego y se sentó en la mecedora. Llevaba algo más de media hora de balanceo y de aburrimiento cuando recordó que en algún momento de la procesión había alzado la vista de manera instintiva y había visto a Bárbara tras los visillos de la ventana. Pensó que era joven y hermosa, y recordó su larga cabellera pelirroja en el contraluz de la tarde. Imaginó su cintura, sus piernas y sus pechos desnudos. De repente saltó de la mecedora y fue a la cocina. Sacó de la alacena una hogaza de pan que rebanó con una navaja. Sobre el poyo del fregadero había una orza pequeña con tacos de queso de cabra en aceite. Pinchó algunos trozos y los colocó sobre el pan. Alcanzó una bota de vino que colgaba de una alcayata clavada en la pared, y comió y bebió con desespero.

De vuelta a la mecedora y al calor de la lumbre, ya con el estómago lleno, intentó deshacerse de sus pensamientos obscenos. Atizó un tronco y con las ascuas más incandescentes preparó un brasero, lo colocó bajo la falda de la mesa camilla de su alcoba y sentó a escribir:

Un abismo nos separa...

Bárbara tenía ya casi todos los ingredientes dispuestos, sólo le faltaban las dos lágrimas ajenas, pero pensó que a lo largo del día siguiente sería fácil hacerse con ellas. Se metió en la cama temprano apenas sin cenar, no por falta de apetito, sino por la escasez de alimentos a la que se había acostumbrado desde que llegó a Cabrilla, ese pueblo del que tendría que marchar porque su gente todo lo confiaba al Santo Cristo de Burgos, y eran muy pocos los que recurrían a su magia.

Dio cientos de vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño, sólo pensando en él, en el día en que ella llegó a Cabrilla y lo vio por primera vez. Era el día en que enterraban a la mujer de Adolfo. Ella entraba al pueblo por el camino del cementerio y tropezó con sus ojos encarnados de tanta tristeza. Desde ese momento soñó cada día con ocupar el lugar que en vida ocupaba la muerta.

Harta de no poder dormir, se levantó de la cama con el firme propósito de aparecer en la casa de Adolfo, espiarlo, conocer su cotidianidad y su cuerpo.

En un mortero machacó la piel de sapo, la boñiga de vaca, el ojo de gato, la sangre de dos lagartijas y el zumo de limón. Prescindió de las dos lágrimas ajenas por la prisa y porque su única utilidad era la de volverla ignífuga. Cuando la pócima estuvo lista se hizo una cataplasma que esparció sobre toda la piel. Luego sujetó fuertemente los dos cantos rodados con las manos bien apretadas y desapareció.

Adolfo no halló la inspiración completa. Tras el primer verso del poema se quedó en blanco y estuvo un largo rato divagando entre las tachaduras de tinta y lo que su alma le dictaba sin sentido. Decidió apagar el fuego que había dejado encendido en la chimenea del comedor. Bajó, separó los troncos y las llamas se extinguieron. La leña seguía incandescente y todavía calentaba la estancia. Pensó otra vez en la Bárbara, en su pelo pelirrojo, en su cuerpo espigado, en sus ojos melados. Se acordó del día en que la vio llegar a Cabrilla. Era el día del entierro de su mujer y él estaba tremendamente triste, pero eso no le impidió ver que una desconocida lo miraba con piedad. Ella caminaba descalza, meciendo la larga melena al compás de las caderas. Llevaba las muñecas cubiertas con pulseras de caracolas y, de las orejas, le colgaban unos zarcillos de cingara cuyo tintineo destruyó el silencio del duelo y del dolor. Arrastraba una arca vieja atada con una cuerda de esparto, y a su paso dejaba una nube de polvo flotando en el camino.

Algunas cenizas se habían derramado en la peana de la chimenea. Adolfo pensó en barrerlas antes de acostarse y de pronto reparó en que la escoba estaba a su lado. No recordaba haberla dejado allí, él era

ordenado con sus cosas y ese detalle le pareció una prueba evidente de despiste y no de desorden. La cogió y sintió un escalofrío que le recorrió el vientre. La abrazó contra su pecho y comenzó a bailar al ritmo de una danza atávica y desconocida. El corazón le latía descompasado, deseaba besarla, le dio la vuelta y las hebras de pita se transformaron en la larga melena de la bruja pelirroja. La apretó contra su cuerpo y, al dictado de la música imaginaria, la besó. Se desnudó sin dejar de abrazarla y sin saber qué era lo que le estaba ocurriendo. Reparó en las cenizas de suelo, y pensó que debía barrerlas antes de irse a la cama con aquella escoba que le había devuelto el placer de la carne.



Era como si la escoba se negara a arrimarse a las brasas y Adolfo no tuviera suficientes fuerzas para barrer con ella. La asió con ímpetu y con un solo gesto acercó la ceniza a las ascuas. La escoba comenzó a arder repentinamente. Cayeron al suelo dos cantos rodados de color negro. Luego los ojos de Adolfo se quedaron atónitos contemplando la escoba incendiada que se esfumaba en remolinos de luz por la chimenea.

Bárbara recogió sus pocas pertenencias y las metió en la pequeña arca que ató con una cuerda de esparto. Se colocó sus pulseras de caracolas y sus pendientes de cingara.

Amanecía. Los zorzales irrumpían en el cielo y se aposentaban en los olivos. Bárbara cruzó algunas calles desoladas. Sólo los aceituneros madrugaron como ella y cuchicheaban a su paso. También Adolfo había madrugado. No había pegado ojo en toda la noche preguntándose si no estaría volviéndose loco. Pasó por la iglesia y entró. Y se arrodilló ante el Santo Cristo de Burgos. Rezó un largo rato y le pidió cuentas sobre lo ocurrido durante la noche. Cuando salió de la iglesia, los rumores sobre la partida de Bárbara se habían hecho eco en toda Cabrilla. Manuel el Cocote, un vecino bonachón y madrugador, informó a Adolfo de que Bárbara se marchaba del pueblo con su melena quemada como por el fuego. Adolfo se apresuró

con el mismo vértigo en el vientre que sintió cuando abrazaba la escoba, y se dirigió hacia el camino del cementerio.

Una polvareda se levantaba al paso de Bárbara, que arrastraba su arca y sus pies descalzos.

¡Bárbara!, gritó Adolfo, y se detuvo el tintineo de las pulseras de caracolas y de los zarcillos de cingara.

La vio bella a pesar de su pelambreira chamuscada. Ella inclinó la cabeza y él aprovechó el gesto para besarla en el cráneo inclinado. Dos lágrimas le brotaron a Adolfo de los ojos y cayeron sobre la calva de Bárbara.

Antes de que se separaran del abrazo, a ella le había brotado una larga melena pelirroja que después Adolfo contemplaría balancearse, cada vez que volvieran a amarse, al compás de sus caderas.

El aire olía a alpechín cuando Adolfo se despertó y acabó el poema:

Un fuego nos acerca.